

ENSAYO*

LA CULTURA RIOJANA: PASADO, PRESENTE Y FUTURO

— Por Manuel de las Rivas —

Manuel de las Rivas Ramírez nació en Logroño en 1936. Periodista y crítico literario en «La Rioja» y profesor de Enseñanza Media. Entre sus obras más recientes figuran los capítulos sobre la Historia de las letras riojanas en el libro colectivo sobre Historia de La Rioja, editado en 1983.



La primera duda que surge en el ánimo de quien pretende ofrecer una panorámica, por sintética y parva que sea, sobre la cultura riojana es la del propio concepto. Porque, ¿se puede hablar realmente de «cultura riojana»? ¿Existe esa entelequia? ¿Ha existido alguna vez? Pero parece imprescindible aclarar el interrogante, porque de otra manera apenas sí se justificaría cualquier incursión en los alrededores culturales, intelectuales, y aun folklóricos, de lo que ahora, políticamente hablando, es una Comunidad autónoma uniprovincial, con su Estado aprobado, su Asamblea legislativa y su Consejo de Gobierno.

De hecho, y hoy por hoy, no existe tal cultura riojana. Y tenemos muy serias dudas sobre su posible existencia en cualquier momento del pretérito. Se ha hablado, e investigado, sobre el

* BAJO la rúbrica de «Ensayo», el Boletín Informativo de la Fundación Juan March publica cada mes la colaboración original y exclusiva de un especialista sobre un aspecto de un tema general. Anteriormente fueron objeto de estos ensayos temas relativos a la Ciencia, el Lenguaje, el Arte, la Historia, la Prensa, la Biología, la Psicología, la Energía, Europa y la Literatura. El tema desarrollado actualmente es «Cultura en las autonomías».

En números anteriores se han publicado *La cultura de Andalucía*, por Antonio Domínguez Ortiz, académico de la Historia y catedrático jubilado de instituto; *Panorama cultural de Castilla-La Mancha*, por Juan Bravo Castillo, profesor de Filología Inglesa en la Escuela Universitaria del Profesorado de E.G.B., de Albacete; y *La cultura murciana en la España de las Autonomías*, por María Teresa Pérez Picazo, catedrática de Historia en Murcia.

La Fundación Juan March no se identifica necesariamente con las opiniones expresadas por los autores de estos Ensayos.

llamado «dialecto riojano», y la monografía de Don Manuel Alvar nos exime de cualquier equivocación al respecto, pero siempre en el ámbito geográfico de un dialecto «navarro» más amplio y comprensivo y flanqueado por el aragonés y el castellano. Lo específicamente riojano en el plano lingüístico quedaría reducido, en última instancia, a proporciones mínimas y nunca llegaría a tener cuerpo literario preciso o consecuencias político-estructurales.

Porque La Rioja, cuya especificidad regional se asienta con cierta fuerza en lo geográfico, se sostiene vacilante en lo histórico y se inserta a partir del siglo XVIII en lo socio-económico, no cuenta en cambio para delinear su personalidad con aportaciones culturales propias, diferenciadas de su entorno. Tanto en su período político navarro durante los siglos X y XI, en el que se llega a hablar de un Reino de Nájera, tras la muerte de Sancho III «El Mayor», y hasta de un Reino de Viguera, en la entrada montañosa del valle del Iregua, confiado a segundones dinásticos, como en el posterior período castellano, tras la conquista por Alfonso VI el año 1076, aprovechando las consecuencias del asesinato de Sancho «el de Peñalén», la impronta cultural se condiciona a la de sus poderosos vecinos. Lo ha recordado Manuel Alvar, junto a Pilar García Mouton, una vez más, en el trabajo sobre *El romance riojano medieval*, incluido en la *Historia de La Rioja*, editada en 1983 bajo la dirección de Justiniano García Prado: «La rioja ha sido siempre zona de transición y este hecho condiciona claramente su romance medieval. Hablar de dialecto riojano es hablar de un conglomerado de influencias lingüísticas procedentes de Castilla, Navarra y Aragón, que tienen su origen en hechos históricos».

Desde una lengua que con los aditamentos primigenios y las variadas influencias navarras y aragonesas, sin olvidar las aportaciones euskéricas por migración, por asentamiento o por contaminación, termina cayendo definitivamente en la órbita castellano-parlante, y desde una conformación político-religiosa que oscila asimismo en el arco navarro-castellano-aragonés, difícil resulta hacer alarde de cultura propia. Por ello, más que hablar de «cultura riojana», sería y será preciso referirse a «cultura en La Rioja», y esa cultura «en La Rioja» formará parte desde sus primeras manifestaciones de lo que se denomina genéricamente «cultura castellana» y, con el tiempo, «cultura española». Otra cosa, y dejando al margen especificidades y matices que no alteran la base común, caería en el aldeanismo obtuso o en la megalomanía paleta.

Y, sin embargo, hay un momento en el alto medievo, en los primeros albores de la Reconquista —los historiadores actuales, como es el caso de Antonio Ubieta, fijan el comienzo de la Reconquista propiamente dicha en las tomas de Nájera y Viguera, mediado el siglo X—, en que la cultura de La Rioja, tal vez entonces, dentro de ciertos límites, cultura riojana, brilla con luz propia. Tres monasterios fundamentales son la punta de lanza de este renacer cultural: Albelda, San Millán y Valvanera, los tres situados en el área occidental riojana, los tres provistos de «scriptorium», copistas y biblioteca.

El Monasterio de Albelda, de antecedentes eremíticos como el de San Millán, llegó a ser sede episcopal, y en la localidad existió Colegial como cabildo, que no sería trasladada a Logroño, la capital de la región, hasta muy avanzada la Edad Moderna. Albelda da cobijo al famoso monje Vigila, es Monasterio donado por Sancho Garcés I el año 924, y de su escritorio sale el *Cronicón Albeldense*, fechado en la segunda mitad del siglo XI, junto con la importantísima *Nota Emilianense*. Junto a Albelda se sitúa además el escenario de la legendaria batalla de Clavijo (que se supondría disputada el año 844), lo que entronca el cenobio en el futuro Camino de Santiago, como lo atestiguan las desviaciones del peregrinaje para visitarlo.

Del Monasterio de Valvanera, mucho más alejado de las rutas bélicas y políticas, en el corazón de los montes Distercios, tenemos datos bastantes para suponerle un importante contingente de peregrinos, entre los que destacan las donaciones de García Sánchez I, que reinara en Pamplona y antes en Nájera, desde 918 hasta el 970. Aunque no se conocen obras destacadas procedentes del Monasterio de Valvanera, Manuel Alvar ha destacado el hecho de que «sus documentos, menos mediatizados por un latín cuidado y más transidos de vulgarismos, son base fundamental para el estudio del dialecto riojano».

Pero el verdadero corazón de la vida monacal riojana se encuentra en San Millán, documentado desde época visigoda en el año 574, y que alcanza una primera cumbre de riqueza y de cultura precisamente entre los siglos X y XIII. Fundamental a este respecto es el estudio de J. A. García de Cortázar, *El dominio del Monasterio de San Millán de la Cogolla (siglos X a XIII)*, donde conocemos con detalle las propiedades del Monasterio, en hombres y en tierras, en los años que van del 931 al 970, durante el reinado de García Sánchez I. Los copistas de San Millán crearon en el mismo siglo X una auténtica escuela de «caligrafía», y en San Millán surge, a través de la biblioteca y en

el marco de una cultura que está perdiendo su contacto directo con el latín clásico, el primer testimonio dialectal escrito de la lengua romance. En el texto, naturalmente, que se conoce en todo el mundo tras las investigaciones de Don Ramón Menéndez Pidal como *Glosas Emilianenses*, el que empieza «conoajutorio de nuestro dueno, dueno Christo, dueno Salvatore...», etc., del que recientemente el profesor Alarcos Llorach, con motivo de la celebración del «primer milenario de la lengua castellana», indicaba: «Podemos aceptar que las *Glosas*, convenientemente estudiadas, nos ofrecen el primer ejemplo de nuestra lengua... Al primer golpe de vista se observa que la lengua de las *Glosas* presenta rasgos análogos a los que estabilizaron el castellano literario medieval e incluso el moderno». Por ahora, y a reserva de estudios más detallados que pudieran modificar los datos cronológicos, las *Glosas* se sitúan por los estudiosos en la segunda mitad del siglo X, y son anotaciones a un códice escrito a fines del siglo IX o comienzos del X.

No puede extrañar, con tales antecedentes, que del mismo San Millán, o de su entorno, surja al término de este período brillante la singular figura de Gonzalo de Berceo, cuya obra lírica abre la historia nominativa y concreta de la literatura castellana. Estamos en el siglo XIII, y San Millán, incorporado ya sin reticencias a la obediencia política castellana, se convierte en uno de los focos fundamentales del «mester de clerecía», subrayando así su papel hegemónico cultural no sólo en el ámbito riojano, sino en las tierras mesetarias de la vieja Castilla.

Junto a la cultura monacal, también la cultura urbana, de signo burgués, desarrollada al calor de las peregrinaciones jacobeanas, se asienta en tierras de Rioja. Por un lado, cuentan los antecedentes de Nájera, corte de los reyes navarros; por otro, tras la conquista de la región por Alfonso VI, el crecimiento de la ciudad de Logroño, que pasa de ser una aldea donada al Monasterio de San Millán y a su Abad Gomesano el año 926 por García Sánchez I de Pamplona, a gozar de las franquicias y privilegios como «honor real» en el siglo XI, después de que Sancho el Mayor trazara la nueva ruta hacia Santiago por las llanuras de la Rioja Alta, culminando el ascenso con la concesión por el propio Alfonso VI de un Fuero de Francos, el del año 1095, que estimuló el desarrollo urbanístico, el comercio y la emigración transpirenaica. El mismo rey castellano confirmaba a Nájera sus fueros el año 1076, y ya en los comienzos del siglo XIII, el año 1207, Santo Domingo, construido en función del camino jacobeo, reci-

bía por parte de Alfonso VIII de Castilla la aplicación del Fuero de Logroño.

Los siglos XIII y XIV son, a nuestro juicio, capitales en la integración de ciertas áreas riojanas dentro de la cultura burguesa castellana de la época. Y el dato político que corrobora este hecho se sitúa en la defensa que la ciudad de Logroño realiza de las tesis y los criterios, así como de la persona, del rey castellano Don Pedro, más conocido como «el Cruel», que se oponía fervientemente a la línea refeudalizadora y señorial, que acabaría triunfando con el primer Trastámara, y provocando la decadencia inevitable de la capital actual de La Rioja. Ni los interesantes rasgos de una lírica trovadoresca señorial extendida por zonas riojanas, y que ha sido avizorada por los estudios de Carlos Alvar, ni la tardía concesión el año 1444, por Juan II, de voto en Cortes a la ciudad de Logroño, voto que, por cierto, no debió llegar a ejercitar nunca, compensaría ya la merma de posibilidades que convertiría a La Rioja en un periférico dominio castellano, importante tan sólo por las razones político-militares de su frontera con el Reino de Navarra.

A partir del siglo XV vamos a entrar en los «siglos oscuros» de la cultura riojana.

LOS SIGLOS OSCUROS

El desplazamiento hacia el centro castellano de las áreas de poder, más las razones que acabamos de apuntar, posibilitan el hecho de que los afamados «siglos de oro» españoles en general constituyan para La Rioja siglos de pertinaz y particularísima oscuridad, siglos en que se decanta el provincianismo que será ya patrimonio de la cultura riojana hasta nuestros días.

Cierto es que algunos vislumbres todavía pueden engañar al inexperto en los albores del XVI, cuando la introducción de la imprenta en la ciudad de Logroño el año 1501 hace suponer que hay un ambiente propicio, especialmente si recordamos que el introductor de ese revolucionario invento es nada menos que Arnaldo Guillén de Brocar, el tipógrafo de la *Biblia Políglota Complutense*. Pero, al margen de los treinta años largos de retraso en la llegada, claro indicio de la marginación riojana en el ámbito de la cultura, hay que sospechar que Guillén de Brocar, procedente de Pamplona, lo que buscaba precisamente era una ciudad alejada de dialécticas y polémicas, de complicaciones y de «entendidos», una ciudad ignorante. Claro que esa marginación y esa ignorancia, el mismo Guillén, que se haría llamar «ciudadano

de Logroño», y su yerno y sucesor Miguel de Eguía habrían de contribuir a disminuirlas. Sin embargo, conviene no hacerse demasiadas ilusiones: ni un sólo momento hubo duda en Logroño respecto a insertarse durante el conflicto de las Comunidades en el bando del Emperador Carlos y de la nobleza de sangre que terminaría por apoyarle, y las escasas vinculaciones de algún que otro riojano perdido con el erasmismo o el iluminismo lo fueron siempre a larga distancia, merced a la relación establecida con centros de cultura como Salamanca o Alcalá. La Rioja había pasado ya, sin remedio, a la nómina de la intrahistoria.

Confirmación de este criterio es la casi homeopática nómina de creadores, pensadores, literatos y hombres de ciencia que forman el acervo riojano de los siglos XVI y XVII. Un par de poetas barrocos de segunda fila, Esteban Manuel de Villegas y Francisco López de Zárate; un novelista «de caballería» del que sólo sabemos el nombre, Diego Ortúñez de Calahorra; un poeta americanista del que todavía se discute si era o no riojano, Gaspar de Villagrà; una novela picaresca, de enorme interés, pero que estuvo manuscrita e inédita durante tres siglos, *El guitón Onofre*; un historiador y ensayista que hubo de ser resucitado por un erudito madrileñista, José Simón, y que se llamaba Fernando Albia de Castro; dos tratadistas políticos de cierta importancia, Fray Juan de Salazar y Pedro Fernández de Navarrete, y poca cosa más.

Evidentemente, el retroceso de La Rioja en cuanto a protagonismo ideológico, creativo o intelectual, es notorio. Se trata siempre, eso sí, de una región económicamente bien dotada, con una estructura agraria fuertemente señorializada en los enclaves más significativos, con un nivel de vida superior a las regiones de su entorno, como lo demuestran las emigraciones vascongadas, que no cesarán hasta finales del XVII, según dejó establecido en sus trabajos Juan B. Merino Urrutia, con una amplia y rica veta de propiedades monacales y de monasterios rurales, que continúan sin trabas, aunque también sin aspiraciones, los módulos conventuales de los siglos XII y XIII. El único elemento nuevo, y de ruptura, lo propician los jesuitas, que se establecerán en Logroño hacia 1559 merced al empeño del Obispo Díaz de Luco, gran amigo de San Ignacio y destacado humanista y conciliar de Trento. Los jesuitas establecerán en Logroño un Colegio de Humanidades, que será la única fuente de preparación clasicista de la burguesía riojana a lo largo del XVII, pero que muy pronto hará gala de un característico contrarreformismo unido a un especial sentido del monopolio de la instrucción «media». Más allá de las humanidades, La Rioja ha de entregarse en manos de las Uni-

versidades prósperas o famosas. Y, como ahora mismo, quienes destaquen en esas Universidades nunca más volverán a su tierra natal.

Desde las coordenadas que quedaron implantadas en el siglo XVII riojano es como, a nuestro juicio, hay que valorar la situación cultural de la región. Y, por ello, nos bastará, para enlazar con los avatares de la actualidad, una esquemática enumeración de acontecimientos más o menos significativos. Como en el resto de España, las posibilidades del siglo XVIII quedaron frustradas a partir de los acontecimientos revolucionarios del vecino país, pero conviene recordar que para La Rioja el siglo XVIII fue una centuria próspera, una centuria vigorosa y altamente rentable, y que los principales aspectos de la que ahora se denomina «cultura tradicional», especialmente en las zonas de sierra, se sostienen sobre los módulos creados en aquel período, ahora en trance de desaparición, o reducidos ya a arqueología para eruditos y etnógrafos. Incluso la mayor parte de las danzas y vestuarios «regionales» de La Rioja, como por otra parte ocurre también en otras latitudes españolas, reciben su impronta decisiva durante este primer siglo de dinastía borbónica. La culminación de un extenso período de desarrollo y crecimiento económico permitiría la aparición de la «Real Sociedad Económica de Cosecheros de La Rioja castellana», aprobada por Carlos III el año 1788, y el nacimiento de una burguesía rural de negocios y de labranza, que se diluiría más tarde en los avatares de la guerra de la Independencia.

El siglo XIX en su primera mitad está marcado en La Rioja por la invasión napoleónica, que sufrió con especial virulencia por la conversión de la «provincia» de Logroño recién nacida —eco último de los deseos ilustrados, pero venidos a menos, ya que dicha «provincia» ni siquiera cubrió las aspiraciones obtenidas durante el trienio 1820-23— en plaza fuerte fronteriza frente a las partidas y ejércitos carlistas, destino que se mantendría de uno u otro modo hasta la Restauración de 1875, y por la desamortización de Mendizábal, que supuso, desde el punto de vista estrictamente cultural y artístico, además de una pérdida irreversible, un expolio gigantesco de documentos, bibliotecas y archivos y la imposibilidad de que un buen número de zonas rurales mantuviesen el más mínimo contacto con la ilustración capitalina. No fue en realidad la mayor desgracia la pérdida de contacto con una discutible y ramplona, en muchos casos, cultura eclesiástica, sino el hecho de que ningún otro tipo de fermento cultural sustituyera al que se había perdido. La decadencia de una buena porción de

los valles riojanos se abre con este hecho histórico, se confirma con la desamortización civil de Madoz en los cincuenta y se perpetúa hasta que el desarrollo industrial de los sesenta y setenta de nuestro siglo XX provoca el abandono de los pueblos.

Dentro todavía de esa etapa se produce la creación del Instituto de Enseñanza Media, por Decreto de 26 de octubre de 1842, e inaugurado oficialmente el 5 de noviembre del año siguiente de 1843. Y hay que subrayar el dato, porque, como en tantos otros enclaves provinciales españoles, el Instituto de Enseñanza Media, a partir de la Ley Moyano de 1857, se convierte en la más alta institución de cultura de toda la región, por no decir en la única. A salvo, naturalmente, la categoría de algunos de sus profesores a lo largo de las décadas, el Instituto no trasciende jamás la mediocridad cultural de una ciudad, que, al acabar el siglo, apenas contaba con 18.000 habitantes, ni de una región agraria por excelencia, que sigue dando cierto nivel de bienestar material a sus habitantes, que incluso inicia la explotación moderna de su riqueza vitivinícola, al socaire de la filoxera francesa, pero que permanece en el mismo pantano provinciano donde se hundió en el siglo XVII, ahora amenizado por todos los virus del caciquismo político, desde Espartero hasta Sagasta.

LOS MIMBRES DEL CESTO

Era imprescindible realizar este escarceo sobre el pasado cultural riojano, al menos en sus líneas maestras, para que se comprendieran los datos del presente y las expectativas de futuro. Y, sobre todo, para que no se pudiera resucitar el tono hagiográfico de beato simplismo, o de regionalismo barato, que ha impregnado tantas aventuras de pseudoinvestigación y pseudoerudición, a la búsqueda de glorias inexistentes.

Sin meternos en las honduras sociológicas y antropológicas del concepto de cultura, limitándonos a lo que el vulgo de la sociedad burguesa suele entender como tal, el panorama de La Rioja no puede ser más raquítico. Porque lo que era al alborear el siglo XX continuó siéndolo, con sus ligeros altibajos, hasta la guerra civil, y con más motivo todavía en los primeros años de postguerra.

Claro que permanece vigente en los estratos aldeanos una «cultura» de signo tradicional, cuyos cimientos, como ya hemos indicado anteriormente, se fijan en el siglo XVIII. Pero ni esa cultura ha conseguido, como era de esperar, superar el ciclón de las transformaciones de la era industrial, que llega en pequeños sor-

bos a La Rioja a partir de finales de los sesenta, ni puede hacerse con sus restos otra cosa que dedicarlos a la confección de monografías necesarias o al conveniente relleno de Museos etnológicos, de evidente interés.

Son las inquietudes por absorber, asimilar o potenciar las manifestaciones de la «cultura contemporánea», española y europea, las que ahora nos importan. Inquietudes que conllevan, entre otras cosas, el conocimiento serio y auténtico del pasado riojano y su aprovechamiento en todo aquello que pudiera tener de positivo. Inquietudes que exigen la salida del marco provinciano limitador y su superación dentro de las coordenadas de un sentido universal.

El año 1893 se publicaba en una imprenta logroñesa un volumen debido a la pluma de Francisco Javier Gómez, con el título de *Logroño Histórico*. Era un intento, limitado y pobre, de realizar una historia de la ciudad. Que, por cierto, sigue siendo el último. Pues bien, al tratar de la imprenta en la capital de La Rioja, Francisco Javier Gómez ofrecía datos que no se remontaban más allá de 1590. No había logrado llegar más lejos, a pesar de sus esfuerzos. Pero resulta que el año anterior, el de 1892, se había celebrado en la Biblioteca Nacional de Madrid la llamada «Exposición Histórica Europea», donde, entre otras curiosidades, se hallaba a la vista del visitante menos docto un ejemplar del *Liber de oculi morali*, del P. Lacediera, con pie de imprenta logroñés de Arnaldo Guillén de Brocar, y como colofón, el año 1503. El bueno de Francisco Javier Gómez, destacado erudito y buceador de las glorias históricas logroñesas, no se había enterado de ello. Ese es exactamente un ejemplo característico de lo que llamamos «provincianismo cultural». Y esa era, poco más o menos, la situación de la cultura logroñesa el año 1893.

Cuando el año 1946, el día 27 de mayo, se reúnen en la Biblioteca Provincial de Logroño un grupo de «hombres de cultura» con la idea de fundar un organismo cultural consagrado «al fomento de los estudios riojanos», el núcleo base de dicho grupo lo forman el propio Director de la Biblioteca, un funcionario que continuará en años posteriores su carrera en la capital de España, Cesáreo Goicoechea y un catedrático entonces del Instituto de Enseñanza Media, don José Simón Díaz, hoy catedrático de Bibliografía de la Universidad de Madrid, y que también hubo de dejar Logroño en un breve plazo. Ellos dos serán el primer Presidente y Secretario, respectivamente, del «Instituto de Estudios Riojanos» y, asimismo, dos de los primeros investigadores serios y modernos del pasado riojano. Es otro dato que nos acredita cómo

el «provincianismo cultural» permanece vigente avanzada la década de los cuarenta.

Después, el Instituto de Estudios Riojanos, aprobado por el Ministerio de la Gobernación el 30 de noviembre de 1946, iniciaría una etapa de realizaciones, parca y limitada, enrolado dentro de los Institutos locales del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, sin apenas proyección fuera de su ámbito estricto, pero que suponía, y todavía supone, los primeros jalones para el conocimiento de La Rioja y de lo riojano desde una perspectiva rigurosa. A mediados de los cincuenta, el Instituto, por carencia de medios económicos y por aislamiento en una provincia sin raíces culturales, entró en un largo bache del que no saldría hasta avanzados los setenta. No obstante, en todo ese tiempo editó, con difusa y dolorosa periodicidad, una revista de investigación, *Berceo*, y un suplemento de carácter poético, *Codal*, que son las únicas fuentes de documentación y de bibliografía a las que se puede apelar cuando se quiere entrar en el análisis de la historia riojana o de la cultura en La Rioja.

Precisamente en el primer número de *Berceo*, que data de 1946, y en una declaración de intenciones, que el autor del texto titula «Presentación», se dice lo siguiente, y copiamos por extenso por parecernos decisivo y esencial: «Y, sin embargo, las fuentes de la investigación local permanecen todavía casi intactas y están invitando al indagador curioso del pasado a beber en ellas los primeros datos y noticias de máximo interés concernientes a nuestra historia regional en todos sus aspectos. Sin tocar están los archivos en que se encierra buena parte de aquélla; las ruinas arqueológicas, algunas de ellas tan importantes como las de Tricio y Varea, y los yacimientos prehistóricos diseminados por toda la zona de la provincia continúan inexplorados en su casi totalidad; el rico folklore riojano, reflejo de costumbres y tradiciones, inédito está aún; la compleja toponimia del país sólo parcialmente se ha esbozado; y así casi todo lo demás. Ingente registro en que está anotado todo aquello que de La Rioja deba ser conocido y divulgado para la mayor comprensión del significado del pasado español y de su cultura de las que esta tierra es exponente».

Así estaban las cosas en 1946, y así seguían, con levísimas diferencias, el año 1975. Y si estas afirmaciones pueden tal vez entenderse constreñidas a un determinado tipo de cultura elitista, donde prima la investigación erudita o la discusión academicista, sería un entendimiento equivocado, tal vez por razones de optimismo o de falso gauchismo popular. Lo cierto era que la carencia de preocupación e investigación por el pasado se correspondía

igualmente con la carencia de actividades de cultura de mayor radio de acción y de resonancia en las masas. Lo cierto es que no había teatro en la provincia, salvo el oficial de las campañas nacionales, que no había grupos poéticos, salvo esporádicos intentos minúsculos, que no había conferencias, salvo las de tono y relumbrón movidas por estos o los otros intereses, que no había pensamiento, salvo el de los políticos de cada hornada para obtener el lanzamiento hacia ciudades de mayor envergadura y significación.

El motor que hará posible aspirar a un cambio de signo, a un punto de inflexión hacia otros horizontes, no llega exactamente hasta el año 1973. Y se sitúa en el momento en que se realiza la concesión a La Rioja de un «Colegio Universitario», donde se podrán cursar los primeros ciclos de las carreras de Filología, Historia, Químicas y Exactas. Y el cambio de signo amanece en sus síntomas iniciales en los años 1976 y 1977, cuando a la existencia de estudios universitarios y de profesorado universitario se une la transformación política. El casi muerto Instituto de Estudios Riojanos entra en una etapa de florecimiento editorial, apoyado por la Diputación Provincial, y se vislumbra el apoyo a los trabajos de los investigadores riojanos, y los Departamentos del Colegio Universitario abren vías inexploradas en el campo de los yacimientos arqueológicos, en el de la exploración sistemática del arte y la literatura riojana del pasado, en el conocimiento de la historia regional, pero muy singularmente en la apertura cultural hacia la ciudad y la región, con la llegada de conferenciantes, novelistas, poetas, ensayistas, estudiosos de la filosofía y del pensamiento. Entonces, al ponerse en marcha un motor que no había funcionado por falta de materia prima humana desde hacía tres siglos, es cuando se preludia un teatro montado por gentes de La Rioja, cuando se llega a editar, ya en los ochenta, una revista de literatura y hasta una colección poética, cuando florecen los cursos de cine, cuando el Municipio da entrada en sus programas de cultura a preocupaciones olvidadas, cuando al fin hay una posibilidad de que en La Rioja la cultura tenga un lugar propio y se haga desde la propia tierra.

Que todo ello haya, además, coincidido con un proceso político de regionalización puede ser algo casual, algo que se inscribe en otros condicionamientos sociales y económicos de diversa índole y en los que ahora no vamos a entrar. A nuestro entender, el pivote fundamental alrededor del cual ha girado ese cambio de signo a que nos acabamos de referir, y que tan sólo ha comenzado a producir sus efectos de manera intermitente e

incierta, ha sido la aparición de los estudios universitarios en la capital de La Rioja, junto con el aumento de centros de bachillerato en las cabeceras de comarca, con la potenciación de estudios de grado medio, como la Ingeniería Técnica, las Ciencias Empresariales o el Magisterio, y con una mejora sustancial de los niveles educativos de la formación básica.

Tal vez pueda parecer exagerado un criterio que limita las fuentes de una transformación cultural a las que proceden de la implantación de estudios superiores y medios en el ámbito de la región. Pero para el que conoció La Rioja de los cincuenta y de los sesenta no puede haber la menor duda al respecto. El erudito de pacotilla, el investigador de afición, el amante de la patria chica, más que chica, enana, el diletante de las corrientes creadoras que circulan a muchos kilómetros de distancia, todos estos especímenes son el fruto del aislamiento cultural, de la falta de promoción del conocimiento serio sobre cualquier materia, de la chabacanería provinciana alimentada por la constante fuga de cerebros, titulados en Universidades más o menos alejadas del hogar. Y si a todo ello unimos unas condiciones económicas excelentes, unos niveles materiales de vida que permiten la cómoda inmersión en el consumismo analfabeto, tendremos los mimbres con que se ha venido haciendo el cesto de la vida riojana durante más de doscientos años.

Que la conformación de una autonomía propia puede significar una ayuda decisiva a que ese giro cultural se decante, se amplíe y se potencie está fuera de toda duda. Pero con ser teóricamente buena la autonomía política, tiene en su contra dos peligros extremos: el de conformarse con los flecos falsificados de una «cultura popular» que en realidad está muerta desde hace mucho tiempo, y que sólo es, en última instancia, populacherismo retrógrado, o el de pretender repetir la suerte del dirigismo cultural centralista con otra suerte de dirigismo cultural, esta vez desde el propio, pobre y triste culturalismo hortera de la región inmadura.

De cómo se propicie la política cultural por el gobierno de la región pueden depender muchas cosas, desde luego. Pero, sobre todo, a nuestro entender, el porvenir depende de cómo funcione en La Rioja la política universitaria. El acceso de La Rioja, desde el ancestral analfabetismo, a la cultura, aunque sea con minúscula, pasa inexcusablemente por la piedra de toque de la Universidad.

Nota

En el ensayo «Panorama cultural de Castilla-La Mancha» publicado en el número 141 de este Boletín, se afirmaba (pág. 18) que el Grupo Tolmo y la Galería Tolmo, de Toledo, habían desaparecido; cuando la realidad es que siguen realizando habitualmente sus actividades artísticas y culturales.